
La imagen de los gitanos en los medios de comunicación

■ Joan M. Oleaque

En nuestros días, todo el mundo entiende –o al menos, ha escuchado alguna vez– que los medios de comunicación definen el entorno en que vivimos. Desde ellos se nos indica cómo ha sido, cómo es y cómo debería ser nuestra vida social. Por encima del análisis histórico y más allá del estudio sociológico, la visión de los medios de comunicación transmite una imagen de la realidad que hoy es asumida, de modo inconsciente, por la inmensa parte del planeta. Los medios lo hacen más cada día, experimentan con más modos y maneras para ello. A veces con tosco estilo, otras desde una perspectiva más sutil. Deciden lo que existe y lo que no. Y cómo existe. Y desde qué punto de vista hay que pensar sobre ello.

En el momento en que la inmigración ilegal empezó a proliferar en España, quizás se podía pensar que la comunidad gitana iba a dejar de ser mediáticamente eso que Maruja Torres refirió una vez como "españoles en el cuarto trastero". No porque los medios, de pronto, fueran a convertirse en solidarios, sino, más bien porque los inmigrantes que llegaban estaban aún peor que los gitanos, iban a ser

más débiles y desconocidos, y, por tanto, más susceptibles de ser maltratados socialmente y de que eso impregnara el lenguaje periodístico. Si, como podía pasar, los inmigrantes iban a ser mal tratados en los medios, por fin se vería claro que los errores periodísticos españoles en relación al racismo no tenían tanto que ver con las características del grupo sobre el que se aplicaba, sino con la relación de superioridad con la que la sociedad mayoritaria puede llegar a contemplar y a contar su entorno. Sin embargo, no ha sido así: si bien hay abundantes casos de informaciones en nuestros días en que la xenofobia, en mayor o menor grado, impregna con su tufo lo escrito o emitido, en muchos casos prevalece una visión incluso más considerada para con los inmigrantes que con los gitanos. En realidad, con estos últimos, la mala imagen social y mediática parece que se ha recrudecido. La antropóloga Teresa San Román, en una conferencia pronunciada en Valencia en 2005, durante la conmemoración del 25 aniversario de la Asociación de Enseñantes con Gitanos, apuntó que, en el siglo XXI, en España, como sucedía en los ▶▶

tiempos más oscuros, se está volviendo a identificar lo gitano sólo con lo miserable y con lo marginal. El gitano, pues, que no pertenece a ese estrato social, o que sale de él para mejorar, deja de ser percibido por la sociedad mayoritaria –y a veces también por la gente de su entorno directo– como miembro del colectivo. La dependencia que ha marcado la política de muchas asociaciones, el anclaje en el analfabetismo, el desastroso estado escolar, la pérdida de tantos trenes de nuestro pueblo, la ausencia de referentes... Todo ello ha contribuido a que el pueblo gitano sea totalmente ajeno a los grupos de presión, algo que parecía vislumbrarse en los primeros y muy reivindicativos tiempos del llamado movimiento asociativo gitano. En consecuencia, el tratamiento mediático de los asuntos gitanos acostumbra a ser tan poco considerado como suele serlo con el resto de grupos sociales que ni protestan, ni transmiten una sensación de avance y de influencia.

El pueblo gitano, a veces sin conciencia de metas comunes, a veces sin capacidad de ver que es posible una batalla verdadera por cambiar su imagen, se ha convertido en objeto propicio para decir cualquier cosa de él, siempre en aras de lo pintoresco o espectacular. Ni se le considera una comunidad española ni inmigrante, sino otra cosa diferente, una gente que lleva una eternidad en tierra de nadie, y así, en repetidas ocasiones se le trata, favoreciendo el esperpento, dando voz a los que más encajan con esos erróneos conceptos. Por otra parte, cuando supuestos portavoces gitanos insisten en dar una imagen más bien idílica, paternalista y falsa, la cosa es casi peor. Sobre todo en noticias de sangre o droga, es algo que sólo empeora la imagen que desde fuera se tiene y se va a transmitir mediáticamente.

No hace falta remontarnos mucho tiempo atrás para advertir informaciones o corrillos televisivos en los que se trataba en plan chistoso y de compadreo vejatorio la violencia

machista o la homosexualidad. Aún hace falta afinar menos la perspectiva para recordar que hace muy poco que se critica informativamente y que se ataca periodísticamente el urbanismo salvaje, algo que antes llegaba a tratarse casi unánimemente como un motor económico de nuestro país. Han sido, realmente, los cambios en la intervención política y en la ley los que han hecho que hoy se asienten nuevas perspectivas en el tratamiento periodístico generalizado de estos temas. Sin embargo, si respectivos y diferentes grupos de presión no hubieran ejercido su influencia sobre estos asuntos, si no hubieran aparecido en los medios, y los medios no hubieran palpitado bajo esa presión socio-política, aún hoy nos encontraríamos con tratamientos inmorales en estos campos. Sucede de modo similar con la inmigración: no faltan ejemplos informativos de trato ignominioso y sensacionalista sobre temas relacionados con la misma, pero, como mínimo, hay muchos de signo contrario, y abundan las organizaciones que defienden sus derechos activamente cuando se vulneran en los medios, y son visibles los periodistas sensibles a esas protestas.

Pero todo esto se hunde en un fango más profundo cuando llegamos al tratamiento informativo de lo gitano. No tanto porque no se responda a las malas informaciones –tanto la Fundación Secretariado Gitano como Unión Romani han hecho importantes comunicados en casos recientes relacionados con sucesos violentos–, sino porque esa respuesta no se atiende, no llega a ser percibida como una obligación moral de consejo y rectificación que debe ser escuchada. La proliferación de programas televisivos sensacionalistas que se venden como de servicio público –o como inofensivo entretenimiento– ha procurado que, en nuestros días, tras cada accidente, cada muerte, cada escándalo, aparezca alguien con un micrófono y con cara de ir a descubrir un nuevo *Watergate*. La velocidad y la necesidad de material de emisión ha hecho, como ya vaticiné el periodista americano Mike Sager, vinculado a *Rolling Stone*, que la superchería y la lluvia sangrienta de naderías impactantes sustituya repetidas veces a los hechos, al rigor, a la originalidad, a los temas propios, a la profundidad de campo. Evidentemente, las radios y los medios escritos no han sido ajenos tampoco a esta deriva tan televisiva, de tal modo que a veces parece que el único periodismo posible hoy sea el más celérico, el exagerado, el que salpica, el que va unido a la opinión en vez de al análisis. ►►

Algunos medios
nacionales dejan
hervir en sus foros
digitales aquello
que no se atreven
a publicar

**...la superchería y
la lluvia sangrienta
de naderías
impactantes
sustituye
demasiadas veces
a los hechos**

Cuando esto, en una época de cambios y crisis como la actual, se aplica sobre las informaciones que atienden a un colectivo como el del pueblo gitano, con una imagen encajada en un tópico que atraviesa generaciones, y sin verdaderos grupos de presión a su favor, tenemos la sobrecogedora situación de ahora. Hoy, hablar informativamente mal del gitano se convierte en una rutina, en algo fácil que siempre se ha hecho, que no da problemas, que no tiene por qué variar. Pese a que destellan ciertos buenos casos de gran periodismo, la mayoría de las veces sólo se habla de lo gitano para afianzarlo en una visión estereotipada, ya que ésta se ha consolidado como la más noticiable y reconocible. En este sentido las cosas no han mejorado con Internet, ya que algunos medios nacionales dejan hervir en sus foros digitales aquello que no se atreven a publicar: proclamas racistas, amenazas anónimas de asesinato, etcétera. Todo impunemente, sin pensar en cómo puede herir, escudándose en una libertad de expresión que esconde una tendencia anti-periodística al insulto y a la alarma.

Delitos, marginación: ésta es la visión preeminente con que se transmite la historia informativa de lo gitano, convertido en algo social, algo atrasado, algo que duele, algo anacrónico, una rémora de tiempos oscuros que se magnifica periodísticamente aún más cuando se refiere el último fenómeno, el de la inmigración de gitanos rumanos, convertidos en los más parias de todos, en una especie de cáncer tribal itinerante. Se habla de ellos y se muestra a los más miserables. Se les califica en los medios y lo hacen vecinos enfadados o la policía. Pocos casos hay en que se explican otras circunstancias diferentes, en que se indaga en quiénes son, en lo que han llegado a ser. Lo normal es tomar la parte más dura o pintoresca por el todo, sin ir más allá, sin intención de hacerlo. Tan malo como eso, es cierto, sería esconder los aspectos turbios y

los delitos que tienen como protagonistas a gitanos rumanos. Pero ya que esto se enarbola a la mínima ocasión, se antoja necesario exigir activamente que se haga con el máximo rigor y con la mayor y más profesional destreza.

Por supuesto, para exigir otro tratamiento adecuado y ecuánime, los propios gitanos han facilitar que esto pueda darse, mostrándose comprometidos coherentemente con la voluntad de que se cambie. Parece razonable pensar que el avance gitano deba propiciarse, en principio, desde el seno propio de la comunidad, desde las asociaciones y organizaciones gitanas. Parece razonable pedir que ese avance se perciba y se refleje desde los medios. Si las ONG gitanas no se dedican a eso, sencillamente, habrá que considerarlas inoperantes -diciéndolo dulcemente- en una de las cuestiones clave para los gitanos de hoy: su imagen social en el nuevo siglo. Si ésta es mala, no sólo afecta a cómo son percibidos los gitanos, sino a cómo los gitanos se perciben a sí mismos.

Durante una reciente entrevista, el profesor Marcel Courthiade, lingüista impulsor de la estandarización del romanó, me comentaba que aún le sorprendía lo poco que se sabe en España de la lengua de los gitanos. Efectivamente, no muchos saben que tiene unos doce millones de hablantes potenciales en Europa y que en España, prácticamente, ha desaparecido. Según Courthiade, el romanó ha sido perseguido a lo largo de los siglos como lengua de diablos, de engaño para el cristiano. En otros países se dice que también pasó lo mismo, pero, según el experto, el fenómeno no fue comparable. Yo le pregunté qué sentido, más allá del sentimental, podía tener en estos momentos para los gitanos españoles su recuperación. Él me contestó: "sin la lengua propia, el gitano pierde su acervo cultural, y se ve condenado a seguir como una figura del área de la ayuda social, que es como se le viene considerando desde hace décadas,

y lo que da fuerza al racismo". "Yo dividiría la historia del racismo anti-gitano europeo en tres grandes etapas", continuó. Según él, "hay una primera gran época de racismo sin complejos en Europa, en la que incluso está bien visto ser racista, que dura más o menos hasta la Revolución Francesa; luego, hasta la Segunda Guerra Mundial, se da un racismo legal y científico, donde se busca explicación a ese racismo, y en la que el nazismo es el fin de un largo proceso con medio millón de gitanos asesinados". El más reciente tipo de racismo contra los gitanos, apuntaba Courthiade, "está basado en la manipulación, en la negación de la cultura y de la identidad".

Este es el plano en el que aún nos movemos. Los medios, en su gran mayoría, no guían a la sociedad, ni aspiran a hacerlo, tan sólo la reflejan de modo grandilocuente. Por eso, muchas veces están impregnados de sus peores miedos y reflejos, de sus faltas. Sin embargo, los mejores de ellos, suelen tener la grandeza de apostar – o por acabar apostando– por lo mejor de la misma, por lo que la hace avanzar. Para los gitanos, apostar por lo cultural, de nuevo según el punto de vista de Courthiade, es la clave para trasladar lo gitano al universo de lo identitario y para alejarlo del estigma habitual de miseria y marginalidad. "Es necesario atender la tradición de un modo crítico, revisando la historia y la lengua, y después, reforzando el conocimiento de ambas", insistía en la entrevista el propulsor del romanó contemporáneo. De este modo, los reportajes bienintencionados, los que quieren reflejar buenos aspectos de la vida tradicional

gitana, dejarían de ser habitualmente pirotécnicos y maniqueos, y las informaciones tendenciosas tendrían muchas menos facilidades para producirse y reproducirse. Desde la cultura, el concepto de raza se sustituiría por fin por el de etnia, se entendería que lo marginal o lo folclórico son elementos que no emanan del hecho gitano, sino que lo condicionan. Con el énfasis en la cultura, y con lo que significa la misma existencia del Instituto de Cultura Gitana, puede por fin asumirse que los comportamientos tribales o incívicos de gitanos excluidos están mucho más relacionados con las mafias urbanas de los diferentes países que con los gitanos que puedan estar leyendo este texto.

Con la fuerza en la cultura, el periodista tendría que prescindir obligatoriamente del fácil recurso al tópico y se vería obligado a afrontar con mayor seriedad y pulso –y con la búsqueda de fuentes fidedignas– aquellos temas que afectan a la minoría étnica más importante de España, y los representantes de esa minoría no podrían escapar ni por un instante de su obligación de explicar a los medios las cosas tal cual son. Las leyes, es cierto, ya protegen al gitano como a cualquier ciudadano, con los mismos derechos y obligaciones que el resto. Lo que falta por conseguir es que ese espíritu impregne la vida cotidiana, y que tanto periodistas como gitanos sepamos que, los unos con los otros, tenemos la obligación primordial de relacionarnos con la honestidad del rigor.◀◀

Joan M. Oleaque
es periodista y escritor

Marginados o artistas

Juan de Dios Ramírez-Heredia

Para las organizaciones gitanas uno de los objetivos primordiales, por no decir el que más, es cambiar la imagen que de nosotros tiene buena parte de la sociedad mayoritaria. Y ese cambio sólo se hará realidad si se dan dos comportamientos convergentes ante la opinión pública: por un lado, la voluntad manifiesta de los propios gitanos de superar siglos de separación; por el otro, que los medios de comunicación social colaboren activamente no difundiendo informaciones que en un contexto peyorativo, puedan crear o fomentar una imagen de los gitanos que no se corresponde con la real.

Los medios de comunicación tienen un poder inmenso, y lo tienen para lo bueno y para lo malo. Se nos identifica con todos los vicios y comportamientos incívicos propios de los marginados o los delincuentes, o se nos describe como los mejores cantaores, bailaores o toreros como si se tratase de cualidades intrínsecas a nuestra manera de ser. Tan injusta es la primera identificación, como absurda la segunda.

En general los periodistas desean tratar a las minorías, entre ellas a la gitana, de la misma manera que al resto de los grupos de la sociedad, pero muchos

profesionales de los medios de comunicación han llegado a la conclusión de que es más fácil decirlo que hacerlo...

Los gitanos españoles somos más numerosos que los habitantes de varias comunidades autónomas. Nuestra influencia en la historia, la lengua y la cultura, incluso en algunas de las costumbres de nuestro país y de las nacionalidades que lo integran, ha sido fundamental. Debería ser justo que si se tienen en cuenta estas consideraciones, las cosas, informativamente hablando, cambiasen.

Juan de Dios Ramírez-Heredia,
periodista y abogado
es presidente de Unión Romani